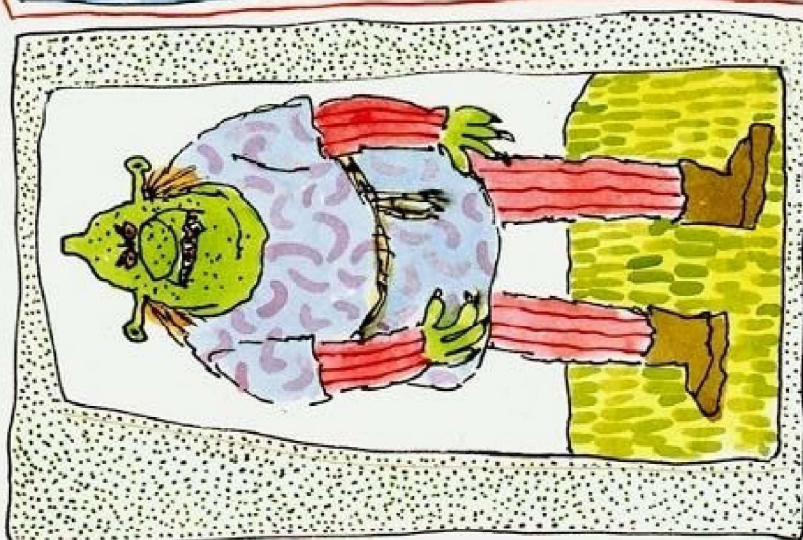


WILLIAM



WILLIAM STEIG

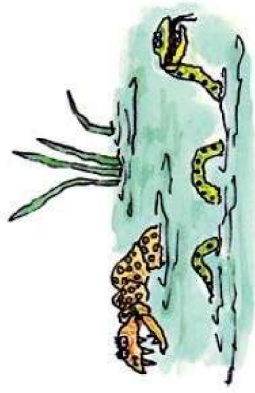
Shrek, un ogro contracultural, feo y malhumorado, recorre el mundo en busca de aventura encontrándose con asnos, brujas, caballeros, dragones y, finalmente con una princesa tan horrible y adorable como él. El personaje de este álbum dio origen a la exitosa saga «*Shrek!*» (Dreamworks), cuya primera película fue ganadora del Óscar al mejor film de animación (2002). Desagradable, repulsivo y asqueroso son algunos de los adjetivos que califican al divertidísimo personaje y que poco tienen que ver con el entrañable ogro en el que se ha convertido en la pantalla. Ironía y un gran sentido de humor para abordar el tema principal de la obra: el aspecto físico no es lo importante, mensaje que también se explicita en la película.

Título original: *Shrek!*
William Steig, 1990
Traducción: Fuencisla del Amo de la Iglesia
Ilustraciones: William Steig
Retoque de cubierta: SebastiánArena
Editor digital: SebastiánArena ePub
base r1.1

SHRINK



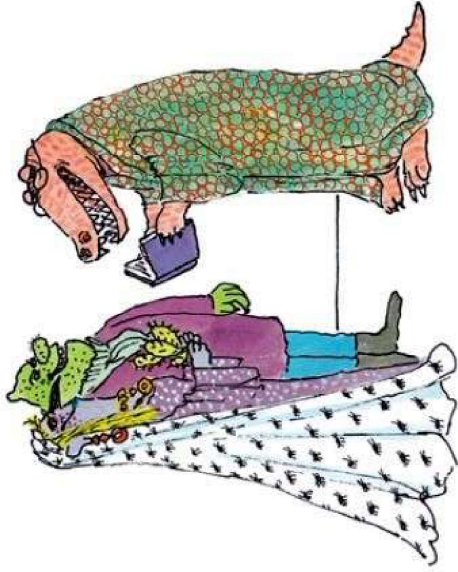
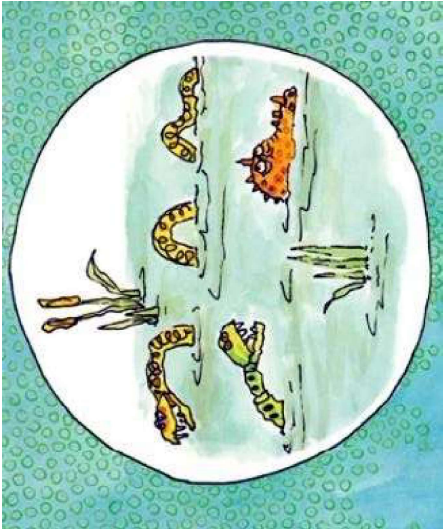
WILLIAM STIG



A Emma, Jonathan, Alicia, Will, Kate, Jonas y Carol Regnier.



WILLIAM STEIG (1907 - 2003). Caricaturista, escultor y autor de libros infantiles, trabajó como dibujante en *The New Yorker*, donde sus desenfadadas tiras cómicas han divertido a sus lectores durante más de seis décadas. En 1968 decidió probar con otra vertiente artística y publicó su primera obra para niños. Si bien con su tercer libro *Sylvester y el guijarro mágico* ganó la prestigiosa Medalla Caldecott, fue Shrek el personaje que lo consagró como autor en el sector editorial.



Entonces se casaron tan pronto como fue posible.

Y vivieron horriblemente felices para siempre, asustando a cualquiera que se cruzara en su camino.



Su madre era fea y su padre era feo, pero Shrek era más feo que los dos juntos. Nada más dar sus primeros pasos, ya era capaz de escupir llamas a noventa y un metros de distancia y de echar humo por las orejas. Con tan solo una mirada atemorizaba a los reptiles del pantano. Y si alguna serpiente era lo bastante tonta como para morderle, moría al instante entre horribles convulsiones.



Un día, los padres de Shrek se hartaron y decidieron que ya era hora de que su hijito saliera al mundo para hacer todo el daño que pudiera. Entonces, le dieron una patada de despedida y Shrek dejó el negro agujero donde se había criado.



Shrek le mordió la nariz. Ella le pellizcó la oreja. A fuerza de zarpazos, acabaron fundidos en un abrazo. Como el fuego y el humo, se pertenecían el uno al otro.



La princesa dijo:

*Tu nariz es tan peluda, ven
rápido, sin demora. Tu
mirada es tan oscura...
celebreemos esta boda.*



Iba Shrek por el camino, desprendiendo un olor descomunal. ¡Cómo disfrutaba viendo las flores doblarse y los árboles apartarse a su paso!
En un sombrío bosquecillo se encontró con una bruja que estaba ocupada cociendo murciélagos en aguarrás y jugo de tortuga, y mientras removía, cantaba:

*Así murciélagos cocino, los trituro,
los sazono y los remuevo. Guiso
murciélagos toda la semana; los
torro, los trincho y mardisqueo, a
primera hora de la mañana.*

—¡Qué maravilloso hedor! —se echó a reír Shrek.

La bruja era especialista en horrores, pero fue a mirar a Shrek y se quedó patética.



Cuando recuperó el sentido, Shrek le dijo:

—Dime mi destino, mujer, y te daré a cambio mis peores piojos.

—¡Espléndido! —gritó la bruja—. He aquí tu destino:

Abacadabra, pata de cabra, presta atención a esta bruja. Un burro te llevará a un caballero al que vencerás en una puja. Te casarás entonces con una princesa cuya fealdad la tuya supera. Ja, ja, ja, ríe el cara de rana, las palabras mágicas son «pastel de manzana».

—¡Una princesa! —exclamó Shrek—. ¡Allá voy!



Shrek dijo:

Tus callosas verrugas, tus sonrosados granos, como viscosas ciénagas y pestilentes pantanos, me estremecen.

La princesa dijo:

Tu nariz de patata, tu puntiaguda cabeza y tus horribles ojos que miran con fiereza, me enternecen.

Shrek dijo:

Oh tú, horrible visión, tus labios azules, tu cabello chillón me enloquecen.

Podría seguir, pero sé que tú sabes de mi amor la razón.

¡Eres tan fea, corazón!



Siguió andando a grandes zancadas y sus gruesos labios se abrieron en una sonrisa.

Ante él se hallaba la princesa más maravillosamente fea de todo el planeta.

—Pastel de manzana —suspiró Shrek.

—Cara de rana —suspiró la princesa.



No tardó en encontrarse con un campesino que cantaba mientras segaba.

—¿Qué haces ahí, granuja? —dijo Shrek—. ¿Por qué estás tan contento?

El campesino farfulló esta respuesta:

*Cortar el centeno me hace feliz,
no quiero saber por qué es así.
Con la guadaña afilada segaré hasta el fin.
Estoy ocupado, vete de aquí.*

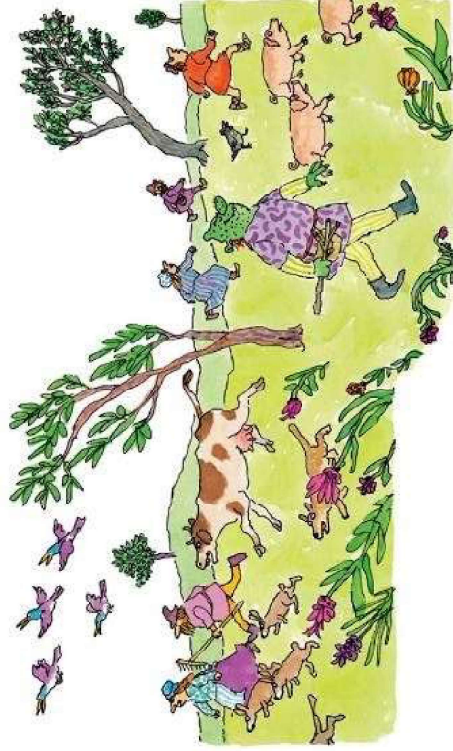


—Eres un palurdo —dijo bruscamente Shrek—. ¿Qué llevas en el morral?

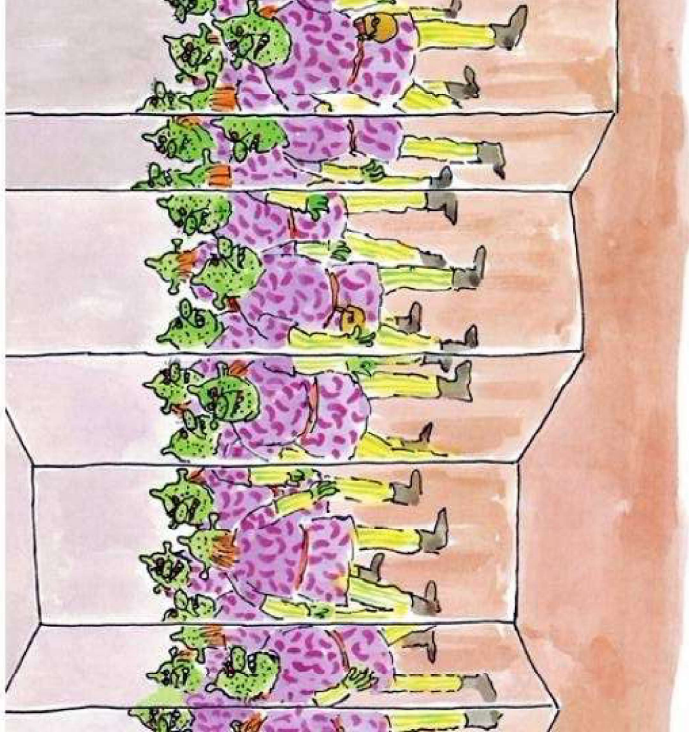
—Solo un poco de faisán frío.

—¿Un faisán, pobre inocente? ¡Qué magnífico presente!

Lo último que vio el campesino antes de desmayarse fue a Shrek calentando su cena con la mirada. El ogro comió y se marchó.



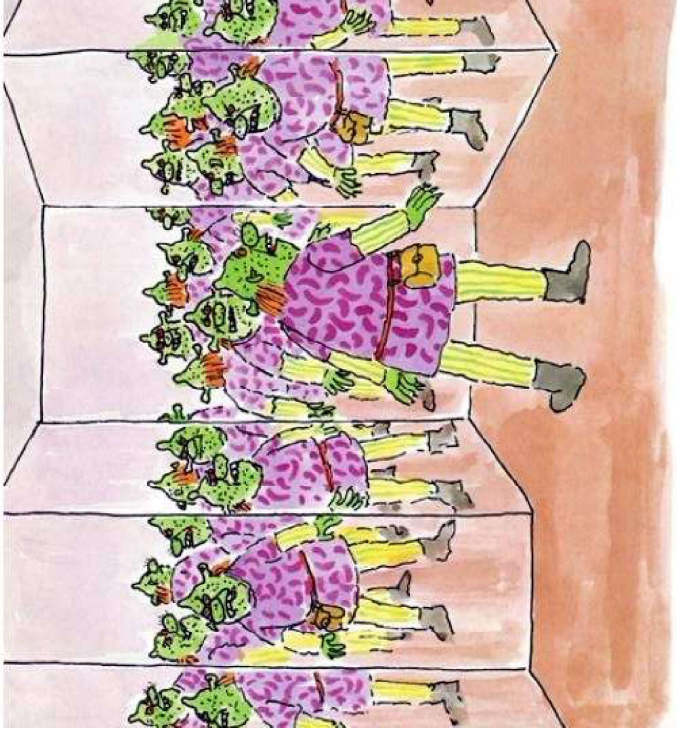
Allá donde iba Shrek, todos los seres vivos huían. ¡Cómo le gustaba ser tan repulsivo!



¡Shrek estaba en el salón de los espejos!

—¡Todos son yo! —gritó—. ¡TODOS YO!

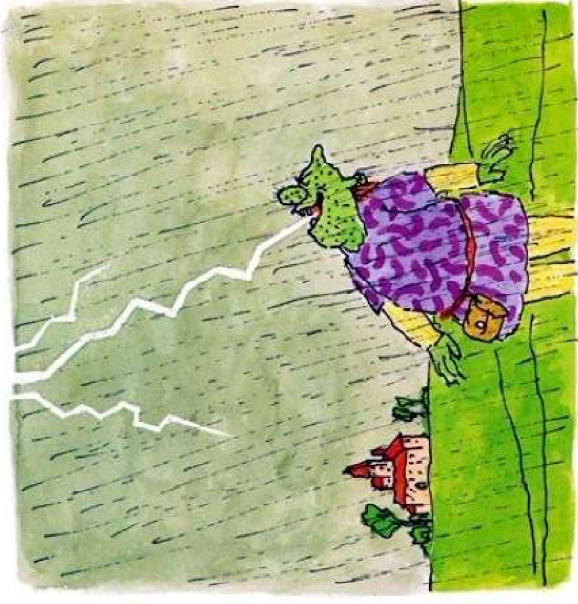
Se miró a sí mismo, lleno de rabioso amor propio, más feliz que nunca de ser exactamente como era.



Estaba rodeado por cientos de espantosas criaturas.

Se encontraba tan horrorizado que a duras penas fue capaz de escupir una llamita. Todos aquellos horribles seres escupieron a la vez.

Se puso a correr y ellos también corrieron. Arremetió contra el que estaba más cerca, pero el cristal le golpeó la nariz.



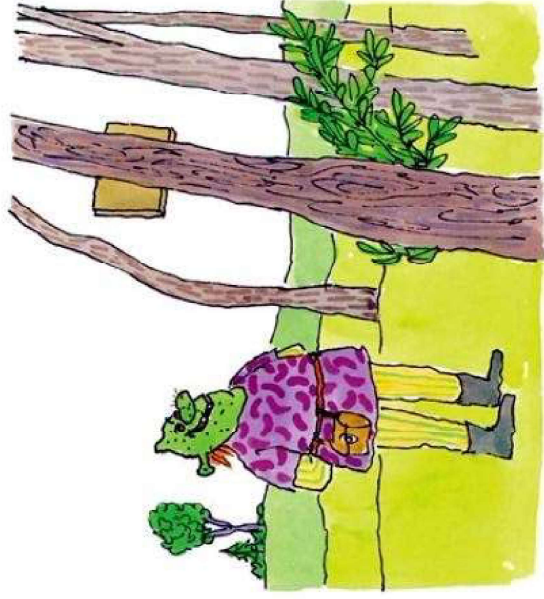
Gruesas gotas de lluvia empezaron a chisporrotear sobre la calva ardiente de Shrek.

—¿Has visto alguna vez a alguien tan asqueroso? —le preguntó el Rayo al Trueno.

—Nunca —rugió el Trueno—. Vamos a fastidiarle un poco.

El Rayo lanzó su relámpago más fiero a la cabeza del ogro. Pero Shrek se lo tragó, escupió un poco de humo y sonrió.

El Rayo, el Trueno y la Lluvia se alejaron.



De buen humor, Shrek prosiguió su camino. En el lindero del bosque encontró este aviso clavado en un árbol:

Presta atención, forastero.

¡Evita el peligro de este sendero!

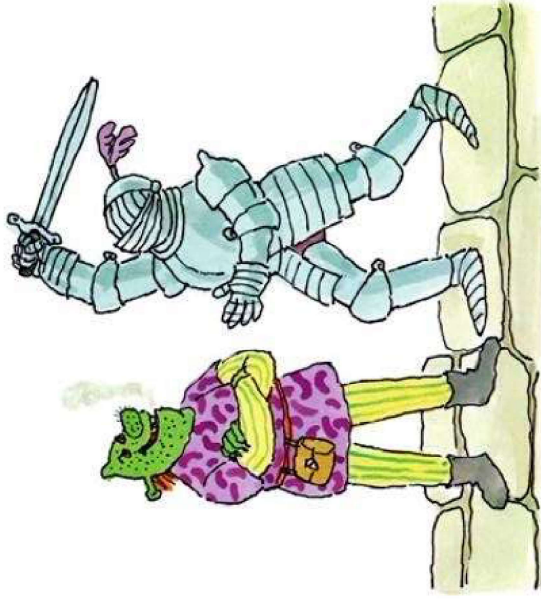
*Si quieres seguir siendo el que siempre has sido,
será mejor que te vayas por donde has venido.*

Shrek, por supuesto, siguió avanzando con gesto arrogante.



Lanzando un estridente gruñido de triunfo, Shrek cruzó el puente y entró en el castillo. Y allí, por primera vez en su vida, supo lo que era el miedo.





—Como quieras, sobre tu cadáver —asintió Shrek.

—¡No te hagas el valiente, bribón! —replicó el caballero.

—Hazme el honor de dejarme pasar, que hay una doncella con la que Shrek se quiere desposar —ordenó el ogro.

—Entonces mereces probar el sabor de mi acero; voy a golpear todas las costras de tu estúpido cabezón, forastero.

Y el caballero lo golpeó.

Shrek encendió los ojos, abrió sus fauces y lanzó un chorro de fuego. El caballero, que escaldado se había puesto todo, saltó al agua estancada del foso.



Y efectivamente, en un caminito del bosque, un enorme dragón le cerró el paso. Shrek sonrió y le hizo una reverencia.

El dragón lo derribó y el ogro se quedó tumbado en el suelo. Se estaba divirtiendo.



El dragón, furioso, se disponía a separar a Shrek de su cabeza, pero el ogro le lanzó una repugnante llama azul justo entre los ojos.

El pobre dragón se desplomó y se quedó inconsciente durante todo el día.



Pronto llegaron ante un puente levadizo donde una armadura hacía guardia. Shrek le dio unos golpecitos en el peto y preguntó:

—¿Quién vive en esta armadura y quién, en el castillo?

—Aquí, un caballero intrépido y allí, un espantajo de alcurnia —fue la respuesta.

—¡Hablas de mi princesa! —dijo Shrek—. ¡Con quien me voy a casar!

—¡Sobre mi cadáver! —tronó el caballero impávido.



—¡Hablas demasiado, burro charlatán! —exclamó Shrek—. Se supone que tienes que llevarme a un lugar.

—Así es —afirmó el burro—. Hasta el caballero chiflado que guarda la entrada; hasta el castillo loco, donde espera la princesa repulsiva.

—¡Entonces, llévame! —ordenó el ogro y saltó a lomos del burro.



Poco después, también Shrek estaba inconsciente.

Se había quedado dormido por el camino. Soñó que estaba en un campo lleno de flores donde los pájaros trínaban y los niños retozaban.

Algunos lo abrazaban y le daban besos, y no había nada que pudiera pararle.



Se despertó aturdido, balbuceando aterrado: «Solo ha sido un mal sueño... ¡un horrible sueño!».



Shrek siguió caminando sin rumbo fijo. Se preguntaba si algún día encontraría a su princesa, cuando vio un burro que pastaba.

¿Sería ese el burro del que le había hablado la bruja? Shrek corrió hacia él y pronunció las palabras mágicas:

—¡Pastel de manzana!

El burro lo miró con ojos somnolientos y rebuznó:

Observo, escudriño, esto hago; cuando paseo tranquilo en la pradera, busco el trébol y deambulo como un vago. Paso el día de cualquier manera; rumiante y vagabundo, la hierba me trago.